

Samuel Taylor Coleridge (I)

Thomas de Quincey

Fue, creo, en el mes de agosto, y sin duda en verano, y sin duda en el año de 1807, cuando vi por vez primera a esta ilustre figura, el intelecto más amplio y espacioso, más sutil y ávido, a mi juicio, de cuantos se hayan dado entre los hombres. Había tenido conocimiento de él como hombre de genio excepcional desde al menos 1799. Un poco antes de esta fecha, Mr. Wordsworth había publicado la primera edición (en un solo volumen) de *Lyrical Ballads*, a cuyo término o comienzo había emplazado, como contribución de un amigo anónimo, el poema de «El viejo marinero» de Coleridge. No quisiera dirigir en exceso a mi persona la atención del lector demorándome en éste, el mayor evento que ha jalonado el desarrollo de mi mente. Permítanme decir, en una palabra, que, en un período en que ninguno de estos dos escritores eran apreciados por el gran público —ambos hubieron de sostener una larga lucha contra el oprobio y el ridículo antes de obtener el grado de estima de que disfrutaban en el día presente—, hallé en estos poemas «el rayo de luz de una nueva mañana», y una revelación absoluta de mundos no hollados, colmados de poder y de belleza, cuya existencia no había sido sospechada por los hombres. Debiera mencionar que, precisamente en esos años, Mr. Wilson¹, cuya edad es la misma que la mía, recibió del mismo volumen las mismas profundas y asombrosas impresiones. Dado que estos sentimientos de interés reverente, tan temprano y tan hondo, apuntaban en la dirección de dos contemporáneos, se comprenderá que hiciera averiguaciones sobre su identidad. Mas estas averiguaciones se frustraron de inmediato por mi parte, puesto que los mismos y profundos sentimientos que habían despertado mi curiosidad me llevaron a despreciar todas aquellas oportunidades informales que me hubieran permitido avanzar en mi investigación, ya que me obligaban a conversar con gentes que no mostraban signo alguno de participar de mis emociones; y, por extravagante que parezca, me resultaba igualmente odioso hallarme en la obligación de emparejar mi pregunta con algún insulto ocasional hacia las perso-

¹ *John Wilson (1785-1854), poeta y crítico escocés. Bajo el pseudónimo de «Christopher North» fue un colaborador prolífico de la revista literaria Blackwood's Magazine.*

nas mencionadas, del mismo modo que un cristiano primitivo hubiera evitado arrojar incienso en los altares del César, o un enamorado se resiste a declarar el nombre de su amada en las groseras licencias de una bacanal. Es risible recordar durante cuánto tiempo mi curiosidad en este punto tuvo un efecto contraproducente. Pasaron dos años antes de que averiguara sus nombres. Mr. Wordsworth dio el suyo en la segunda edición aumentada de su trabajo; y el de Mr. Coleridge lo debo a una fuente privada, mas obré con torpeza y no pude retribuir la deuda, pues discutí con mi informante a causa de la manera profana en que mencionó una figura que mis pensamientos habían envuelto en un aura sagrada. De inmediato fatigué este y oeste, norte y sur, en busca de todas aquellas obras o fragmentos conocidos de estos dos autores. Leí, pues, en lo que atañe a Mr. Coleridge, la alegoría incluida en *Juana de Arco*, de Mr. Southey. Leí, asimismo, su hermosa oda, titulada *Francia*, su *Oda a la Duquesa de Devonshire*, y otras colaboraciones diversas, de mayor y menor interés, incluidas en los dos volúmenes de la *Antología* que Mr. Southey editó en Bristol entre 1799 y 1800; y finalmente leí, por supuesto, el pequeño libro de poemas publicado bajo su nombre; estos poemas, no obstante, me decepcionaron grandemente, por tratarse de obras juveniles e inmaduras.

Entretanto, cierta información vino a coronar el interés que asociaba a su nombre; hacia 1804 ó 1805, un caballero de la región de los lagos, que lo había tenido de vecino, me comentó que durante un tiempo Mr. Coleridge se había dedicado en cuerpo y alma al estudio de la metafísica y la psicología, disciplinas que también constituían mi principal interés. Entre 1803 y 1808 residí en Oxford en calidad de estudiante; de tal forma que, en la primera ocasión de que dispuse para conocer personalmente a quien despertaba en mí tanta admiración, recibí el odioso comunicado de que había dejado Inglaterra, residiendo por aquel entonces en Malta en calidad de secretario (y tesorero ocasional) del gobernador. Pregunté sobre la mejor ruta para llegar a Malta, mas, como cualquier ruta prometiera un lugar de honor en una prisión francesa, me resigné a esperar; y, al cabo, en el verano de 1807, con ocasión de una visita a un familiar en el balneario de Bristol, tuve el placer de enterarme de que Mr. Coleridge se hallaba, no sólo en suelo inglés, sino a cuarenta millas escasas de mi residencia provisional. Al instante reclamé mi montura y tomé el camino del sur; y antes del anochecer había cruzado en transbordador el río Bridgewater, a la altura de un pueblo llamado, creo, Stogursey (Stoke de Courcy, para distinguirlo de otros pueblos llamados Stoke). Tras recorrer unas pocas millas, alcancé mi destino, a saber, el pequeño pueblo de Nether Stowy, entre las colinas de Quantock. Se me había asegurado que en este lugar encontraría a Mr. Cole-

ridge, en casa de su viejo amigo Mr. Poole². No obstante, al presentarme ante este caballero, hallé que Coleridge se había ausentado, encontrándose en casa de Lord Egmont, hermano mayor (por el lado paterno) de Mr. Percival, el ministro, asesinado cinco años después; y pues era posible que a esas alturas se encontrase bajo el ala protectora de otro amigo en el pueblo de Bridgewater, consentí gustoso, hasta que pudiéramos determinar sus movimientos, quedarme un día o dos con este Mr. Poole. Bien está, por cierto, en este punto, que dediquemos algunas palabras a Mr. Poole; pues, como Coleridge me comentó posteriormente, era casi un modelo ideal para un parlamentario en activo. Se trataba de un granjero robusto y de apariencia sencilla, cuya vida de soltero transcurría en una casa rústica y anticuada; la casa, no obstante, se revelaba con la frecuentación ampliamente equipada con lujos modernos, y en especial con una buena biblioteca, cuyos fondos en todas aquellas secciones que atañen a la filosofía política eran poco menos que soberbios; y el granjero se revelaba como un inglés refinado y liberal, que había viajado extensamente, hallándose dedicado tan por entero al servicio de sus humildes vecinos, los canteros y aguadores de esta región de Somersetshire, que en un radio de muchas millas se había convertido en árbitro de sus disputas y en guía y consejero de sus asuntos cotidianos; además de haber sido nombrado albacea y guardián de sus hijos por todo aquel que fallecía en o alrededor del pueblo de Nether Stowey.

La primera mañana de mi visita, Mr. Poole, al saber de mi admiración por Wordsworth, tuvo la enorme gentileza de proponer que nos acercáramos a caballo a Alfoxton, lugar que a mis ojos poseía singular interés, pues había sido ocupado por el poeta durante sus años de soltería, a la espera de que Mr. St. Aubin, su joven propietario, alcanzara la mayoría de edad. Este delicioso enclave, la vieja residencia de una vieja familia inglesa, y rodeado por las colinas de Quantock, cuyas pendientes cubiertas de helechos han sido esbozadas de manera tan hermosa en el poema «Ruth», Wordsworth había agotado íntegramente, en compañía de su hermana Dorothy, el intervalo de tiempo que separaba su estancia en la Universidad de Cambridge, de su asentamiento final en Westmoreland, junto a sus lagos nativos, excepción hecha de su año transcurrido en Francia, algunos meses en el norte de Alemania y un tiempo, ignoro cuán extenso, pasado en Race Down, Dorsetshire.

Tras regresar tarde de esta interesante inspección, nos hallamos sin compañía para la cena; y así, sentados uno frente al otro, Mr. Poole me planteó

² *Thomas Poole (1765-1837), granjero, autodidacta y hombre de simpatías revolucionarias. Como da a entender De Quincey, fue amigo íntimo de Coleridge, Southey y Wordsworth.*

la siguiente pregunta, que menciono puesto que me proporcionó un primer indicio de la singular debilidad que aquejaba a la mente de Coleridge: «Dígame, amigo mío, ¿se ha formado usted alguna opinión o, mejor dicho, le ha sucedido encontrarse con alguna opinión o conjetura racional que explique ese dogma pitagórico, punto menos que irracional, concerniente a las alubias? Bien sabe usted a qué me refiero: esa monstruosa doctrina que afirma que un hombre puede muy bien, llevado de la pura iniquidad de su acción, comerse a su abuela con un acompañamiento de alubias», «Sí», repliqué: «la línea aparece en los Versos Áureos. La recuerdo bien».

P.— «Cierto: pues bien, nuestro querido y excelente amigo Coleridge, que nunca ha existido criatura más divinamente dotada por Dios, extraña decirlo, nuestro Coleridge a veces roba de otras personas, tal como haríamos usted o yo; le ruego me perdone, igual que una pobre criatura como yo podría darse al robo, cuando a veces no tiene con qué pagar de su propio erario: y el otro día, en una cena de gala, al surgir el asunto de Pitágoras y sus alubias, Coleridge avanzó una interpretación que, por su manera de presentarla, sospecho no es original. Piense, por tanto, si ha leído en otro lugar una solución plausible».

«La he leído: en las páginas de un autor alemán. Este alemán, se lo aseguro, es una figura insignificante, indigna de ser comparada con Coleridge; por esto, si se prueba que Coleridge le ha robado, tenga por cierto que ha honrado grandemente al bribonzuelo».

P.— «Bien: ¿Y qué dice el alemán?»

«Supongo que ya conoce usted el uso que, en las elecciones, se hacía de las alubias en la Antigua Grecia. Bien, el alemán afirma que Pitágoras habla de manera simbólica; lo que quiere decir es que la participación en las elecciones o, en general, cualquier interferencia con las intrigas políticas, es fatal para las pesquisas del filósofo, así como para su serenidad. Por tanto, concluye, si me sigue usted, evite los asuntos políticos como evitaría el parricidio».

P.— «Vaya, pues Coleridge realmente ha honrado a ese bribón, pues, por todos los santos, ésta es punto por punto la misma explicación que nos dio».

He aquí un rasgo de la mente de Coleridge del que me enteré por vez primera su mejor amigo, y que yo, el primero de sus admiradores, doy a las prensas por vez primera. Ambos, sin embargo, teníamos razones suficientes para comportarnos así: Mr. Poole sabía que, desvelado por accidente, un descubrimiento semejante podía grabar en un hombre poco o nada familiarizado con Coleridge un recelo altamente dañino hacia sus escritos; mientras que si era revelado de manera honesta por aquellos que lo conocían